



CÉSAR MANRIQUE, LA NATURALEZA Y EL JARDÍN DE CACTUS DE LANZAROTE

El artista canario siempre se ha sentido atraído por el medio físico que le rodea. En la literatura y en la plástica canarias el tratamiento de la naturaleza ha constituido un asunto de gran significación. Desde el siglo pasado, el artista de las Islas ha indagado en el singular paisaje de los interiores de Canarias, sobre todo, propiciando lenguajes poéticos diversos aunque siempre profundamente intrincados con los deseos de evasión románticos (Nicolás Alfaro) o, ya en la segunda mitad de siglo, por la percepción más real, objetiva y positivista de la naturaleza (Valentín Sanz). A estas concepciones de la naturaleza, tendríamos que agregar la labor desarrollada por aque-

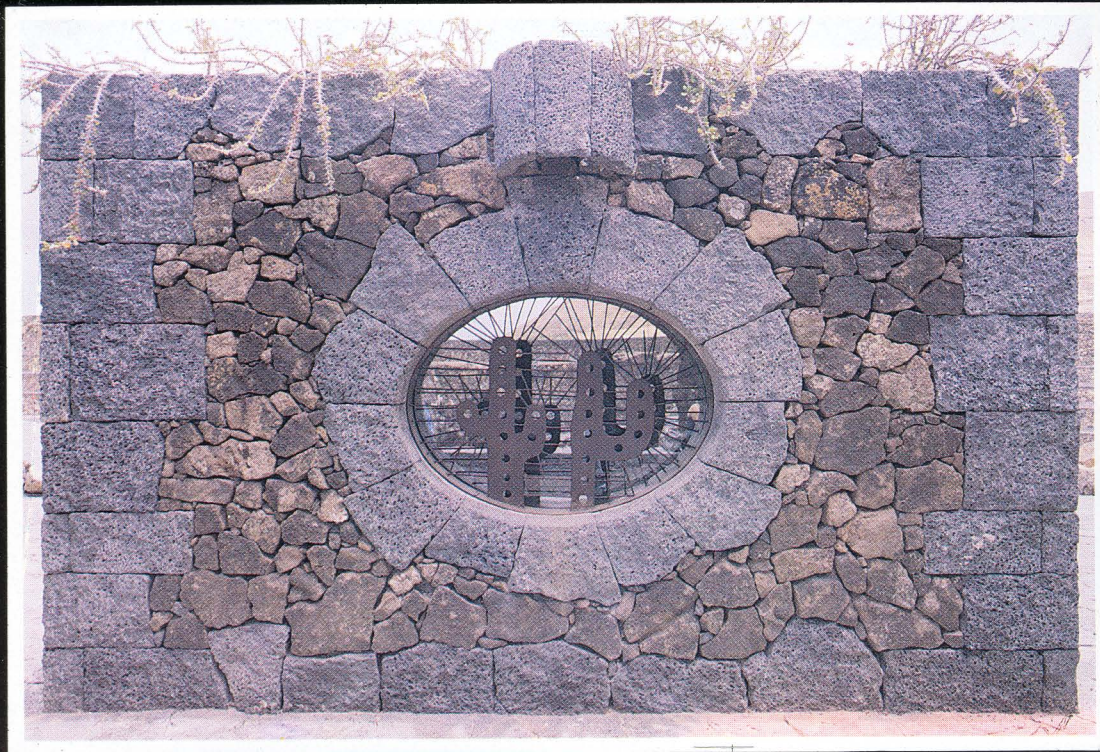
llos viajeros científicos (Webb, Sabino Berthelot...) que se empeñaron en definir de manera rigurosa la flora y el paisaje de las Islas.



Muchas de estas propuestas estéticas fueron reelaboradas en pleno siglo XX. Este es el caso de Néstor Martín Fernández de la Torre que, aunque en ocasiones se manifiesta a través de una concepción simbólica de la naturaleza (Poema del Mar), se preocupó esencialmente en precisar la flora autóctona y los rasgos étnicos de la población isleña. De esta manera, su lenguaje plástico constituyó un aporte fundamental para una concepción del medio circulante, creando formas y tipos específicos —quizá arbitrarios— y, sobre todo, orientando la riqueza económica de las Islas hacia la explotación turística (recuérdese la colaboración con su hermano, el arquitecto Miguel Martín Fernández de la Torre, en la realización del Pueblo Canario, Parador de Tejeda...). Por otro lado, una concepción idealizada de la naturaleza nos la manifiesta José Aguiar. A través de un tratamiento mucho más expresivo, casi en tonos épicos, Aguiar nos muestra la imagen agraciada y fecunda de la naturaleza insular en consonancia con la visión mítica, arcádica, de las Islas, en la que los campesinos parecen estar al margen de las lacras y desigualdades sociales.

Aquel mensaje nestoriano fue captado e interpretado por César Manrique. En una época de creciente preocupación por los temas verdes y por todo el tipo de conservación, su decidida voluntad de integrar la arquitectura en la naturaleza, consti-





mente en las intervenciones de diseño. Por este motivo, aún cuando sus realizaciones logren una escala arquitectónica, las ideas e intenciones sobre las que se basan sus obras se asemejan a las de los diseñadores; pero sólo a aquéllos para quienes diseñar es a la vez algo ético y evolutivo. Así, la obra de César se caracteriza, además, por una pasión por la cuidada elaboración del detalle constructivo como medio para conseguir la perfección del conjunto ar

tuye una afortunadísima y aleccionadora intervención en el mundo natural. Es el tema naturalista el que inspira todas sus soluciones y por tanto, son benévolas en su impacto.

Las ideas que César lleva a cabo —por medio de sus conexiones con la naturaleza—, resuelven problemas ecológicos al tiempo que posibilitan una convivencia humana más armónica y en íntima relación con el medio. De esta manera, lavas volcánicas, vegetación endémica, la zahorra y, sobre todo, la utilización del color blanco, filtrado a través de los haces solares —como las potencias de plata de un Cristo antiguo—, aparecen ensamblados en la totalidad de sus enormes espacios arquitectónicos. La valoración y transformación de los espacios naturales en obras maestras de arquitectura (Jameos del Agua, Mirador del Río, Jardín de Cactus...), gen desafiar a la naturaleza, sino a emularla y a recibirla en su interior, o incluso a dejarla fluir en los generosos espacios. Por ello, César Manrique no es un creador, sino un co-creador de la naturaleza.

Su proceso de trabajo adolece de rigor científico, de formulaciones teóricas y se fundamenta estricta-





que sus planteamientos tienen una excesiva carga de funcionalidad (y eso es lo que debe prevalecer en la Arquitectura). Además, como reacción a la depauperada e impersonal arquitectura llevada a cabo en centros turísticos de su isla, la sincera obra de César posee una fuerza retórica cuya sintaxis sólo se puede analizar a través de su estrecha relación con el medio circundante. En este sentido, la propuesta de César Manrique constituye, sin duda alguna, una alternativa válida para la conservación del medio ambiental de Canarias. Su reciente obra, el Jardín de Cactus en Guatiza, supone la confirmación de esa idea.

La tipología específica de un jardín de aclimatación de plantas surgió en el mundo de la Ilustración, cuando se indagaba en el progreso y el bienestar social; era un centro de instrucción y aprendizaje. Pero el Jardín de Cactus tiene otra dimensión y quizá pueda dar respuesta a una de las exigencias “modernas”: la de establecer una más estrecha relación entre hombre y naturaleza. En este sentido, el Jardín de Cactus y la obra de César (aquella que se ha interesado en integrar al hombre con el medio) tiene sus referencias en el

arquitectónico; su postura es más bien una combinación de disciplina científica y, sobre todo, disciplina humana. Es decir, la doble capacidad del hombre para pensar y hacer, se concreta en su caso en hacer mientras piensa; la arquitectura es para César Manrique algo que emana de sus sentimientos y que, por tanto, no se puede explicar.

Sin embargo, la carencia de presupuestos eminentemente teóricos, no debe minimizar la labor de César ya



mundo del Humanismo ya que tanto en la literatura como en el arte, el Clasicismo constituye una forma de aproximación al medio; a través de la Naturaleza como fuerza correctora, se podían elevar a "ideal" aspectos del mundo cotidiano. Toda esta concepción obedecía a una idea de Alberti, que a su vez se basa en Plinio, para lograr la BELLEZA, que es una forma de la VERDAD, y ésta —la belleza— debe depender de algún sistema de medidas y proporción, como Platón explicó en el Timeo. Tal énfasis en la medida, relacionada con la razón es resumida por Vitruvio en la figura de un hombre dentro de un círculo y un cuadrado, que expresa la concurrencia entre la belleza, las matemáticas y el hombre; el HOMBRE, dentro del círculo de Dios, es la medida de todas las cosas, y él se gobierna a sí mismo y a sus asuntos aplicando la razón.

El Jardín de Cactus, además, es una obra integral, totalizadora, en la que confluyen todas las artes acogidas en un majestuoso espacio (concepto espacial que César ya había precisado, por ejemplo en los Jameos del Agua). El conjunto sugiere un gran teatro de mundo antiguo, sólo que aquí el protagonismo del hombre ha sido reemplazado por la naturaleza; así los monolitos basálticos, la gran variedad de cactus, la piedra, el "picón" o la zahorra, el agua y los peces, cobran viva presencia integrándose en un espacio armónico y bello.

Cada detalle revela la propia manera de hacer y de sentir del autor. Así: la excelente puerta de rejería contituye un elemento referencial del conjunto; la portada con dintel despiezado de piedra volcánica y porosa, anuncia la pureza y nobleza de todo el espacio; el cuerpo circular de

acceso evoca un juego ilusorio, a la manera barroca, que retiene la percepción total del interior, originando así un peculiar efecto de sorpresa; los móviles (y es aquí cuando todo se engarza con los planteamientos eclécticos de César Manrique) hacen referencia a sus inclinaciones por el pop-art, asumida durante su estancia en New York; la escultura cinética, cuyas esferas de cristal semejan moléculas que nos remite a la esencia de la forma; el recuperado moli-no encaramado en lo alto del con junto, elemento que alude a la sin-

ceridad de su propuesta y el rescate de lo vernáculo.

El Jardín de Cactus, en definitiva, la última obra de César Manrique aunque soñada hace muchos años, es un espacio solemne, noble, en el que se reivindica el protagonismo de la naturaleza como elemento armónico de convivencia. Pero, además, en él podemos captar la esencia de las cosas: la BELLEZA y la VERDAD, es decir la VIDA.

FRANCISCO JOSÉ GALANTE GÓMEZ

Fotos: L. GUIRAO

